

La Cucarachita Martínez

Rocío Vélez de Piedrahíta

28

Colombia es un país riquísimo en insectos. Los hay de todas clases; unos hacen ruido como los grillos y las cigarras, otros chupan como las moscas, pican como las pulgas y los piojos, ruñen como los pulgones; a las mariposas les gusta que las vean, las hormigas se meten entre la tierra; las libélulas viven en los pantanos y las mariquitas en los jardines. Las cucarachas salen de noche, viven en las casas y los almacenes de la gente, y corren muchísimo.

Una vez había una cucarachita diferente que salía de día, tenía su propia casa, y caminaba despacio. Se llamaba Cucarachita Martínez. Vivía en un pueblito, tenía muchos amigos, y era muy limpia. Todo en su casa estaba ordenado y bien barrido. Por las mañanas después de bañarse, desayunar y ordenar la casa se ponía a barrer la calle.

Un día, al barrer la acera, se encontró una monedita de plata. Muy contenta se fue de compras.

Compró una blusa blanca y una falda de colores; zapatos de charol y medias rojas; un delantalcito con encajes y boleros, un adorno para la cabeza y unas pulseritas para sus seis patas y muy feliz regresó a casa. Se puso todo lo que había comprado, y muy limpia y arreglada, se instaló en la acera en un taburete de vaqueta, a ver pasar gente.

Desde lejos, vio venir un león. Llenaba la calle con su gran cabeza melonuda, su vaivén pausado, mirando a todos los lados y gruñendo. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy meloso le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de arriba a abajo, de un lado a otro, observó la melena, el color dorado de la piel, los ojos chiquitos, los colmillos grandes.

—¡Ni riesgos! —dijo—, usted será muy hermoso y muy fuerte, pero ruge. Y yo no me meto con los que rugen.

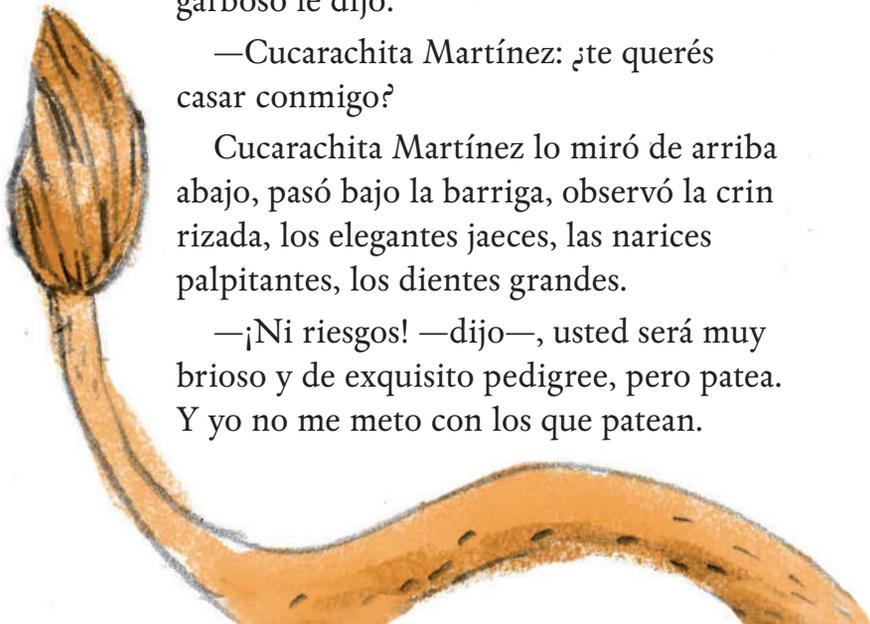
El león se fue triste.

Desde lejos vio venir un caballo. Adornaba la calle con su brioso paso fino, levantando las dos manos con elegancia, con ritmo acelerado, con aire de ejecutivo joven, elegante la crin al viento, primorosa la flexible, larga cola. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy garboso le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró de arriba a abajo, pasó bajo la barriga, observó la crin rizada, los elegantes jaeces, las narices palpitantes, los dientes grandes.

—¡Ni riesgos! —dijo—, usted será muy brioso y de exquisito pedigree, pero patea. Y yo no me meto con los que patean.



El caballo de paso fino colombiano se fue triste.

Desde lejos vio venir un perro. Alborotaba la calle con sus ladridos juguetones y la rapidez de sus giros, oliendo las gentes, asomándose por las puertas, retozando con los niños. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y muy resuelto le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

Cucarachita Martínez lo miró por todos los lados, pasó por debajo de su barriga, observó la alegría de su cola, la elegancia de su porte, las orejas paradas, los ojos a medio cerrar, la boca a medio abrir.

—¡Ni riesgos! —dijo—, usted es muy valiente, y muy fiel, pero muerde. Y yo no me meto con los que muerden.

El perro se fue triste.

Desde lejos vio venir un gato. Chapuceaba por la calle, saltando de la acera a los bordes de las ventanas, por sobre las carretillas y las canecas de basura, adelantando dos pasos y devolviéndose uno, la pelambre como terciopelo, los bigotes como antenas flexibles, las patas abollonadas, la boca diminuta. Desde lejos vio a la Cucarachita Martínez sentadita en la acera y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y marrullero le dijo:

—Cucarachita Martínez: ¿te querés casar conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró de arriba abajo, por todos los lados. Observó la tersura de la piel, el color amarillo de los ojos con inmensas pupilas dilatadas, la flexibilidad pronta, las patas juguetonas, las orejas diminutas.

—¡Ni riesgos! —dijo—, usted será muy suave y muy flexible, y ve de noche y camina sin ruido, pero araña. Y yo no me meto con los que arañan.

El gato se fue triste.

La Cucarachita Martínez no vio venir el ratón, porque gris color del cemento de la acera, y pegado de la pared, veloz y gelatinoso, no se notaba sino cuando ya se había ido. Pero el ratón sí la vio y quedó fascinado con su limpieza y elegancia. Se paró frente a ella y suavemente, querendón le dijo:

—Me llamo Ratoncito Pérez; nunca había visto una cucaracha tan bonita y elegante. ¿Me quiere hacer el favor de casarse conmigo?

La Cucarachita Martínez lo miró por encima —por debajo no podía porque



tenía la barriga pegada al piso— y por los lados. Observó los ojos picaritos, el color plateado de la piel, los bigotes trémulos, el hocico largo y las orejas cortas.

—¡Por supuesto Ratoncito! —contestó la Cucarachita—, y muy felices se fueron de luna de miel.

Pasados unos días dijo Cucarachita Martínez:

—Ratoncito Pérez: se acabó la comida y tengo que ir a mercar en las cocinas de las casas del pueblo. Tú me esperas aquí sin ir a hacerme un daño. Y no vayas a entrar a la cocina que es peligroso.

Se fue con su falda nueva, la blusa blanca y las pulseritas en cada pata. Consiguió todo lo necesario para comer varios días y regresó tan cargada, que no podía abrir la puerta.

Tocó primero con una pata, luego con dos, luego con tres; finalmente con todas. Nada. Entonces empezó a llamar al Ratoncito Pérez: silencio. Ya intrigada descargó el mercado en el suelo, abrió la puerta, entró. Puso el mercado sobre la mesa y empezó a buscar al Ratoncito Pérez: no está detrás del televisor, no estaba debajo de la cama, ni debajo de las sillas, ni en el baño. Ni dormido ni despierto, por ninguna parte, y la Cucarachita Martínez empezó a preocuparse.

—No puede haber entrado a la cocina, porque le advertí que no lo hiciera... pero no me queda más dónde buscar.

Entró la Cucarachita a la cocina y miró en derredor; no había la menor señal del Ratoncito Pérez. Entonces observó que la tapa de la olla estaba torcida. Se acercó a la estufa, subió por el borde de la olla y... ¡pobrecita, lo que vio! El Ratoncito Pérez, desobedeciendo sus instrucciones, se había asomado a ver qué había entre la olla que estaba llena de agua hirviendo.

*No vio nada,
se asomó más,
tendió el hocico hacia adelante,
más y más, hasta ver el fondo y...
¡zaz!, se cayó y se quemó. Y se murió.
Pasaron muchos días y el gallo de la casa
vecina seguía cantando:
Ratoncito Pérez
se ahogó en la olla;
Cucarachita Martínez
lo siente y lo llora.*

